

LA DERECHA COMO MODA



HASTA hace poco tiempo, la derecha había adoptado la moda de la izquierda. Esto no suponía ninguna modificación en su vida interna: seguía viviendo, no faltaba más, con arreglo a sus prerrogativas. Probablemente es una moda que comenzó a partir del siglo XIX o fines del XVIII: cuando las duquesas correteaban por San Isidro, amaban a los toreros o el gran izquierdista Goya y se vestían de majas, de manolas, de chisperas. Ha habido, naturalmente, algunas alteraciones, como en la guerra civil, y en la posguerra. Poco después, declararse de derechas era de mal tono. En los últimos tiempos de Franco, el único franquista llegó a ser el mismo general; y aún caben algunas dudas.

De ahí salieron modas izquierdistas bastante cómodas. Indumentarios alegres, chistes fáciles, lecturas divertidas, costumbres sexuales, burla de los antiguos, de los conservadores; cineclubs, teatrillos propios, amistades peligrosas, revistas significativas bajo el brazo. La izquierda era un gran tesoro del que apoderarse. Gran negocio: vivir con todos los privilegios, con todos los distanciamientos, y al mismo tiempo adoptar las formas permisivas de la izquierda. La derecha se pagaba el lujo de ser de izquierdas. Mientras, la izquierda no podía participar de ese lujo. O vivía las estrecheces de su clase social o se escondía de la represión. Tener una vida pública de izquierdas era un lujo demasiado caro, que sólo podían pagarse los ricos.

Parece que la moda está cambiando. A la derecha le va gustando la moda de la derecha. Su propia estética. Se corta el pelo, se enfunda en trajes completos, vuelve a la corbata, cerca sus bares elegantes, sus restaurantes discretos. Abandona la taberna y el barrio. Empieza a producir sus propios libros, sus propias obras de teatro: se hubiera reído hace poco tiempo de los autores que ahora aclama. Separa la cultura mala de la buena, como en los tiempos del Índice de prohibidos. Quiere que sus curas se vistan con sotana y manto. Practica el maternalismo, el paternalismo, la caridad distante.

Parece raro, pero la izquierda está adoptando también modas de la derecha. Los políticos de la izquierda buscan buenos sastres, buenos restaurantes, buenos coches, alquilan o compran casas antiguas (me estoy refiriendo, naturalmente, a la clase política de la izquierda, a la clase pudiente). Ahora son los de izquierdas los que se acercan más a las duquesas. Son los socialistas los que defienden el escudo que antes llamaban monárquico, los que restituyen los crucifijos en sus mesas de poder.

El pronóstico es malo. Se asume siempre la moda de las clases dominantes, se estima que la adopción de costumbres y vestimentas dará parte de ese poder según dicen los filósofos que se han dedicado al tema (Carlyle, Simmel, Lefebvre...). La derecha se sumaba a la moda de izquierdas cuando la tenía por posible dominante; la izquierda se viste de derechas, ay, ahora. Mal pronóstico, mal pronóstico... ■

POZUELO

ELECCIONES EN EUSKADI

sitio. La polarización de la lucha política vasca en el intenso conflicto que enfrenta a la comunidad nacionalista vasca con el Estado central hace que toda crítica de aquella se deslice fácilmente hacia una defensa de éste. Y eso en Euskadi conduce hoy al suicidio político.

Incógnitas

Aparte de la "cuestión nacional", otros dos problemas han dominado la campaña electoral: la paz y el paro. Sobre este último punto las promesas de los diferentes partidos no se diferencian mucho. En general, sus propuestas para solucionar la crisis económica son bastante similares en cuanto a las medidas a corto y medio plazo: casi todas ellas giran en torno a tres pilares: la necesidad de un pacto entre trabajadores y empresarios, la potenciación del sector público de cara a la creación de empleo y la planificación de la necesaria reconversión industrial exigida por la infraestructura productiva vasca. Aunque la propaganda electoral exija el optimismo "hacia afuera", a nadie se le esconde la enorme dificultad de solucionar o cuando menos mitigar apreciablemente el espinoso problema del paro. Y constituye una incógnita muy difícil de resolver la de prever los efectos políticos y de orden público de la segura perduración de la crisis económica. Aunque hasta ahora la problemática nacional y los conflictos económicos han funcionado con bastante autonomía y sin llegar a solaparse, no hay que descartar la posible correlación entre aumento del paro y crecimiento del terrorismo o la posibilidad de capitalización de la conflictividad laboral por el abertzalismo radical refractario a todo pacto social.

Tampoco está nada claro el futuro de los partidos abertzales y las posibles relaciones entre ellos tras las elecciones. Obviamente ello dependerá de los resultados electorales, de igual modo que el futuro de las relaciones PNV-PSOE y PSOE-UCD: toda profecía resultaría aventurada y no tienen excesiva significación los insultos y denuncias de una campaña electoral que por su propia esencia exige marcar las distancias; el idilio puede suceder a las actuales desavenencias.

En cualquier caso, lo que está

claro es que el PNV va "a por todas" (es sintomática la obsesiva presencia de la palabra "TODO" en su propaganda electoral) y aspira a gobernar en solitario, pero nadie puede predecir en qué quedarán sus actuales devaneos independentistas ni si resucitarán o no en el futuro sus recientes y aún no cicatrizados conflictos internos.

Lo que parece notablemente difícil es ese fantasmal "frente abertzale" que los temores de Madrid han alucinado, aunque no fuera por otra cosa que porque lo que si se sabe seguro es que, al menos durante el primer mes, Herri Batasuna no acudirá al Parlamento. El replanteamiento de su postura pasado ese plazo temporal revela por otra parte los conflictos internos de la coalición abertzale, sobre cuyo debilitamiento a raíz del abandono de ESB y LAIA existen las más variadas e interesadas opiniones: desde quienes consideran el episodio como insignificante hasta quienes auguran una improbable debacle a las huestes de Monzón y Ortz en beneficio de Euskadiko Eskerra.

Si Herri Batasuna confirmara sus actuales posiciones, su destino futuro estaría, como hasta ahora, condicionado por la actuación de ETA (m). Algo de la inflexibilidad estratégica de ésta cabría quizá deducir del hecho de que, al parecer, su consejo inicial a Herri Batasuna fue que no participaran en las elecciones, cediendo finalmente con la condición de no acceder al Parlamento. No parece pues que ETA espere de las elecciones otra cosa que una nueva corroboración de la cuantía de su apoyo popular.

No falta, sin embargo, en la propia Herri Batasuna quien piensa que no es imposible una tregua de ETA, un provisional abandono de la lucha armada, si el nuevo Gobierno autónomo consiguiera una amnistía y la salida de Euskadi de las FOP. De no ser así, es totalmente imprevisible lo que puede deparar un Gobierno con mayoría abertzale cogido en medio del fuego cruzado entre ETA y la Policía del Gobierno de Madrid. Los protagonistas principales del drama van a seguir siendo los mismos: ETA y el Gobierno. Es de esperar, pero no desgraciadamente de prever, que el resultado de las elecciones impulse a alguno de ellos, ojalá a los dos, a abandonar su obcecación. ■ J. A.